

EL EXPRESO DE SÓCRATES

En busca de las lecciones de vida de los grandes filósofos

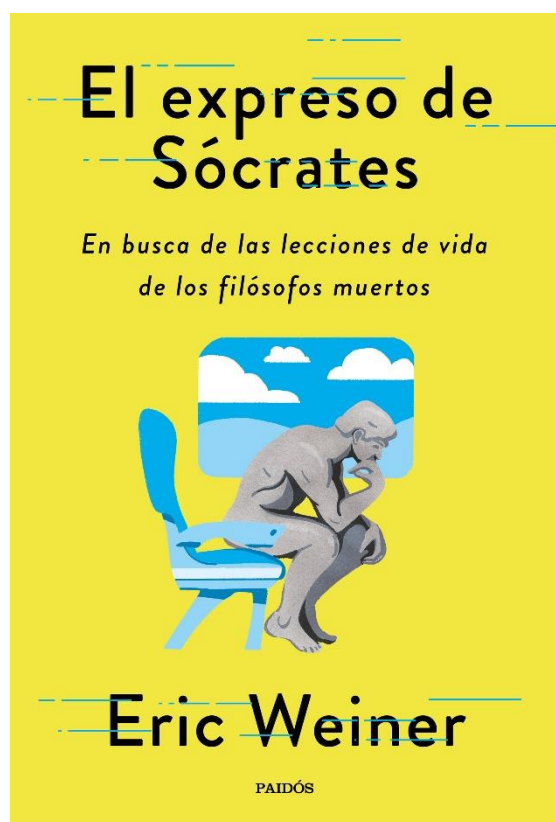
ERIC WEINER

Un divertido viaje intelectual en el que los más grandes pensadores de la historia nos mostrarán cómo cada uno de ellos, desde Epicuro hasta Gandhi, Thoreau o Beauvoir, ofrece lecciones prácticas y espirituales para nuestros convulsos tiempos.

Acudimos a la filosofía por las mismas razones por las que viajamos: para ver el mundo desde una perspectiva diferente, para desenterrar la belleza oculta y para encontrar nuevas formas de ser. Queremos abrazar las maravillas del mundo, enfrentar la desdicha y mantener la esperanza.

Eric Weiner combina en esta obra sus pasiones por la filosofía y por los viajes en una peregrinación que descubre las lecciones de vida más sorprendentes de los grandes pensadores de todo el mundo, de Rousseau a Nietzsche o de Confucio a Simone Weil. Viajando en tren (el medio de transporte más reflexivo), recorre miles de kilómetros, hace paradas en Atenas, Delhi, Wyoming, Coney Island, Frankfurt y otros lugares, para reconectarse con el propósito original de la filosofía: enseñarnos a emprender vidas más sabias y significativas. Desde Sócrates y la antigua Atenas hasta Simone de Beauvoir y el París del siglo XX, los filósofos y lugares elegidos por Weiner proporcionan hitos importantes a medida que navegamos en los caóticos tiempos de hoy.

En *El expreso de Sócrates*, Weiner nos invita a viajar junto a él en una búsqueda de sabiduría y descubrimiento que nos cambiará la vida al tiempo que intenta encontrar respuestas a nuestras preguntas más vitales.



«Confundimos los datos con la información, la información con el conocimiento, y el conocimiento con la sabiduría. A Schopenhauer le preocupaba esta tendencia. Por todas partes veía que la gente luchaba por la información, confundiéndola con el conocimiento. “No se dan cuenta —decía— de que la información es meramente un *medio* hacia el conocimiento y posee poco o ningún valor en sí misma”. Yo iré un paso más allá. Este exceso de datos —ruido, en realidad— tiene un valor negativo y disminuye las posibilidades de conocimiento. Distráidos por el ruido, no oímos la música».

ERIC WEINER

Eric Weiner es un periodista laureado, autor bestseller y conferenciante. Entre sus libros destacan *The Geography of Bliss* y *The Geography of Genius*, así como *Man Seeks God* y *El expreso de Sócrates*. Sus libros se han traducido a más de veinte idiomas. Weiner fue corresponsal en el extranjero de *National Public Radio* y reportero de *The New York Times*. También colabora habitualmente con *The Washington Post*, *BBC Travel* y *AFAR*, entre otras publicaciones.

SUMARIO

Introducción. Salida

PRIMERA PARTE: AMANECER

1. Cómo levantarse como Marco Aurelio
2. Cómo preguntarse con asombro como Sócrates
3. Cómo caminar como Rousseau
4. Cómo ver como Thoreau
5. Cómo escuchar como Schopenhauer.

SEGUNDA PARTE: MEDIODÍA

6. Cómo disfrutar como Epicuro
7. Cómo prestar atención como Simone Weil
8. Cómo luchar como Gandhi
9. Cómo ser bondadoso como Confucio
10. Cómo apreciar las cosas pequeñas como Sei Shōnagon

TERCERA PARTE ATARDECER

11. Cómo no arrepentirse de nada como Nietzsche
12. Cómo afrontar como Epicteto
13. Cómo envejecer como Beauvoir
14. Cómo morir como Montaigne

Epílogo. Llegada

Agradecimientos

Notas

Bibliografía escogida y otras lecturas

Índice analítico y onomástico

Sobre el autor

EXTRACTO DE LA INTRODUCCIÓN

«Tenemos hambre. Comemos y comemos y volvemos a comer, pero seguimos hambrientos. Cuanto más comemos, más hambre tenemos.

Echamos mano a nuestro *smartphone*. ¡Qué artificio tan milagroso! Con solo deslizar el dedo, tenemos acceso a todos los conocimientos humanos: desde el antiguo Egipto hasta la física cuántica. Los devoramos, pero continuamos hambrientos. ¿Qué es esta hambre insaciable?

No queremos lo que creemos querer. Pensamos que queremos información y conocimiento. No es así. Queremos sabiduría. Existe una diferencia. La información es un batiburrillo de datos, el conocimiento es un revoltijo más organizado. La sabiduría desenmaraña los datos, les confiere sentido y, crucialmente, sugiere la mejor manera de usarlos. Como decía el músico británico Miles Kington: “El conocimiento consiste en saber que un tomate es una fruta. La sabiduría consiste en no añadirlo a una macedonia de frutas”. El conocimiento sabe. La sabiduría ve.

La diferencia entre conocimiento y sabiduría es cualitativa, no cuantitativa. Un mayor conocimiento no se traduce necesariamente en una mayor sabiduría y, de hecho, puede hacernos menos sabios. Podemos saber demasiado y saber mal.

El conocimiento es algo que poseemos. La sabiduría es algo que hacemos. Es una destreza y, como todas las destrezas, puede aprenderse, pero requiere esfuerzo. Esperar adquirir la sabiduría por suerte es como esperar aprender a tocar el violín por suerte.

Sin embargo, eso es esencialmente lo que hacemos. Vamos tropezando por la vida, confiando en pescar retazos de sabiduría aquí y allá. Entretanto, estamos confusos. Confundimos lo urgente con lo importante, lo verboso con lo reflexivo, lo popular con lo bueno. Como dice un filósofo contemporáneo, “malvivimos”.

[...]

La tecnología nos seduce para que creamos que la filosofía ya no importa. ¿Quién necesita a Aristóteles cuando tenemos los algoritmos? La tecnología digital sobrepasa tanto en su respuesta a las preguntas más pequeñas de la vida (¿dónde puedo encontrar el mejor burrito de Boise?, ¿cuál es el camino más rápido a la oficina?), que suponemos que también se desenvuelve bien con las grandes. No es el caso. Siri puede deslumbrar en su búsqueda de ese garito de burritos, pero pregúntale cuál es la mejor forma de disfrutarlo y se quedará en blanco. O pensemos en un viaje en tren. La tecnología y su jefa suprema, la ciencia, pueden decirte la velocidad del tren, su peso y su masa, y por qué no deja de desconectarse la wifi a bordo. La ciencia no puede decirte si deberías coger el tren para asistir a la reunión del instituto o visitar al tío Carl, que siempre te ha incomodado, pero que ahora está gravemente enfermo. La ciencia no puede decirte si es éticamente aceptable causar daño corporal al niño gritón que está pateando tu asiento. La ciencia no puede decirte si la vista desde tu ventana es bella o trillada. La filosofía tampoco, no de una manera definitiva, pero puede ayudarte a ver el mundo a través de un prisma diferente, y eso tiene un gran valor.

En mi librería local observo dos secciones: “Filosofía” y, adyacente a esta, “Autotransformación”. En la Barnes & Noble de la antigua Atenas, estas dos secciones formarían una sola. La filosofía *era* autotransformación. La filosofía era práctica.

La filosofía era terapia. Medicina para el alma. La filosofía es terapéutica, pero no a la manera en que lo es un masaje con piedras calientes. La filosofía no es fácil. No es agradable. No es paliativa. Es menos *spa* que gimnasio.

El filósofo francés Maurice Merleau-Ponty definía la filosofía como una “reflexión radical”. Me gusta cómo imbuye la filosofía del nerviosismo y el olor a peligro que esta se merece. Los filósofos captaban antaño la imaginación del mundo. Eran heroicos. Estaban dispuestos a morir por su filosofía y algunos, como Sócrates, lo hicieron. Hoy en día, lo único que tiene de heroico la filosofía es la lucha épica por la titularidad académica.

En la actualidad, la mayoría de las escuelas no enseñan filosofía. Enseñan cosas *acerca de* las filosofías. No enseñan a filosofar a los estudiantes. La Filosofía es diferente de otras asignaturas. No es un acervo de conocimientos, sino una forma de pensar, una manera de estar en el mundo. No un *qué* ni un *porqué*, sino un *cómo*.

Cómo. No es una palabra muy respetada en estos tiempos. En el mundo literario, los libros de instrucciones que explican cómo hacer algo son un bochorno, un primo exitoso pero zafio. Los escritores serios no escriben manuales prácticos y los lectores serios no los leen (al menos no reconocen hacerlo). Sin embargo, la mayoría de nosotros no permanecemos despiertos por la noche preguntándonos “¿cuál es la naturaleza de la realidad?” o “¿por qué existe algo en lugar de nada?”. La que nos agarra y no nos deja marchar es una pregunta por el *cómo*: ¿cómo vivir?

La filosofía, a diferencia de la ciencia, es prescriptiva. No solo describe el mundo tal como es, sino cómo *podría ser*, abriéndonos los ojos a la posibilidad. El autor Daniel Klein decía del antiguo filósofo griego Epicuro lo que cabría decir de todos los buenos: léelos, no tanto como filosofía, sino más bien como “poesía que mejora la vida”.

[...]

Así pues, aunque el tren vaya a paso de tortuga mientras escribo estas palabras, una sensación de urgencia impulsa mi bolígrafo. Es la urgencia de alguien que no quiere morir sin haber vivido. No puedo señalar ninguna crisis singular: ninguna alarma sanitaria ni revés financiero. Ningún *crescendo* hollywoodiense, solo la habitual melodía de contrariedades, decepciones y una persistente sospecha de que estoy malviviendo. La vida no es un problema para mí, no todavía, pero siento en el cuello el aliento caliente del tiempo, un poco más fuerte cada día. Deseo —en realidad, necesito— saber qué importa y qué no, y antes de que sea demasiado tarde.

“Antes o después, la vida nos hace a todos filósofos”, decía el pensador francés Maurice Riseling.

Leo esto y pienso por qué esperar. ¿Por qué esperar hasta que la vida se convierta en un problema para mí? ¿Por qué no dejar que la vida haga de mí un filósofo hoy, ahora mismo, mientras todavía hay tiempo?»

pp. 13-20

Para más información:

Paloma Cordón
934 928 633 - 699629430
pcordon@planeta.es

Guillem Duran
934 928 442
gduran@planeta.es